

El triste cuento roto de Chris O'Reilly y César Izábal

Por Fernando Millán Romeral

(Abril 2003.

A los 21 años de la Guerra de las Malvinas)

Liverpool no era una ciudad tan triste como algunos decían. Ciertamente era que llovía demasiado y que a veces la humedad penetraba hasta lo más profundo de las entrañas como solía repetir aquel escocés remilgado, pero también había muchos sitios estupendos donde divertirse. En el fondo, Chris no sabía bien por qué discutía con aquellos otros soldados, pues la verdad es que él nunca había salido de Liverpool. El mundo era Liverpool para él y ahora pretendía ser un "hombre de mundo" hablando de las ventajas e inconvenientes de su ciudad en comparación con Londres o Glasgow. Quizás aquella conversación, que se repetía a lo largo del día con diversos esquemas, pero con unas mismas conclusiones, no era más que una excusa. Cualquier tema era bueno para olvidar el peligro que corrían. Por ello hablaban de chicas, de fútbol, de marcas de cervezas o de motos... o de ciudades. Era una forma más de creerse aún en casa. Ciertamente es que el sargento Grant les había insistido que no había peligro real para su compañía y que aquello era cosa de unos días y luego ... de vuelta a casa, pero todos aquellos sentían aquella presión áspera y pastosa en sus gargantas, aunque, claro está, no se atrevieron a reconocerlo ante los compañeros .

Casi no le había dado tiempo a disfrutar de la Universidad. Iba a ser como un sueño, pero ahora, por la situación que se había creado, debería esperar algún tiempo. La Universidad de Buenos Aires era inmensa, grandiosa, una especie de templo sagrado, al que siempre había aspirado. O, al menos, cuando estuvo allí dos meses antes para inscribirse en el primer curso, así le pareció. Sus padres lo habían contado, emocionados, a todos los vecinos del bloque horroroso en el que vivían. César, el pequeño César, hecho ya un hombre, va a continuar sus estudios en la Universidad. Hasta su padre, que siempre se había quejado ácidamente de los abogados, de los políticos y los gobernantes del país, había atenuado sus críticas, cuando supo lo de la beca para César, su pequeño César, el menor de seis hermanos, todos ya trabajando y algunos de ellos casados. Iba a ir a la universidad.

En el colegio nunca había destacado por nada. No había sido ni siquiera un mal estudiante. Era terriblemente mediocre. Eso al menos, le había dicho Mrs. Mills a su madre cuando terminó el colegio. Algunos compañeros suyos habían continuado estudiando, pero eran los menos. La mayoría comenzaba a buscar trabajo en algunas de las fábricas que rodeaban la ciudad. Liverpool era tan oscura. Las calles parecían sucias, pero a él le gustaba aquello y pensaba que con un buen trabajo todo cambiaría. En cuanto todo pasara habría que ir pensando en ello seriamente. Le dolía que a nadie le interesaran sus reflexiones. En la compañía sólo se podía hablar de los temas de siempre y comenzaba a estar cansado. A veces se refugiaba escribiendo a la vieja, aunque le costaba trabajo pasar de una página y entonces el bolígrafo se convertía en un instrumento pesado y sudoroso. Sabía muy bien que su madre no le contestaría. La

vieja, era poco amiga de las letras y los bolígrafos. No recordaba ver escribir en casa desde hacía muchos años cuando su padre mandaba cartas a Irlanda, a los parientes de Kinsale, y de eso hacía ya mucho tiempo.

El uniforme le quedaba ligeramente grande. La primera vez que se vio con él creyó ser un héroe, un verdadero héroe. Ahora su uniforme había traspasado esa sutilísima barrera que divide lo heroico de lo grotesco. Si su madre hubiera estado cerca se lo habría arreglado. Estaba graciosa mamá cuando se ponía sus gafillas para coser. Habría descosido las mangas y las perneras y habría reducido lo necesario. El se lo habría probado unas cuantas veces, mientras ella colocaba un alfiler tras otro que extraía de su boca apretada.

Una familia como la suya y un sueldo como el de su padre habían hecho necesario el repetir esta operación muchas veces. Desde muy pequeño había aprendido de su padre el orgullo que supone llevar la ropa usada de los hermanos mayores. Confería una secreta dignidad, un orgullo indescriptible. Así, las camisas y pantalones pasaban de un hermano a otro, tras los arreglos cuidadosos de su madre.

No obstante, poco antes de partir, su padre le había dicho que cuando volviera deberían comprar ropa a estrenar para él. Sí, ropa nueva. Ir a la Universidad no era cualquier cosa y no se debía ir de cualquier manera.

César recibió aquello con una gran alegría, con un poco de orgullo, para que negarlo- pero también con una cierta nostalgia. Era como romper una tradición, una cadena que unía con eslabones solidarios a los hermanos de la familia Izábal. Pero su padre en esos temas era inalterable. Si había hablado de ropa nueva para ir a la Universidad, no habría más remedio que comprar ropa nueva para ir a la Universidad.

Se quedó muy sorprendido cuando aquél cura le preguntó si era católico o protestante. Le pareció como una agresión a su intimidad, pero en el fondo, lo que más le dolía era no saber que responder. Recordaba que su padre a veces de ello en casa, cuando él era muy niño. Pero desde que papá murió, no se había vuelto hablar del tema. Y hacía de ello tanto años que no se sentía capaz de decir en qué bando se incluía su padre cuando se daban aquellas conversaciones. Mamá no solía hablar de eso. Su vida se limitaba a esa fidelidad imperturbable tener todo preparado para Chris. Chris sabía que su madre era todo para él. Sabía también los disgustos tan frecuentes que le daba. Al principio fueron las primeras borracheras. Luego algunas peleas. Últimamente era ese carácter agrio, como la cerveza del pub de Paddy, que no sabía porqué le dominaba con frecuencia. Aun sabiendo cómo harían a su madre sus respuestas, no conseguía dominarse. Y la mayoría de las veces se trataba de temas tan pequeños y absurdos, que casi le daba vergüenza acordarse después.

Había sufrido la vieja con lo del alistamiento. Aún le venían a la mente a Chris sus sollozos, la imagen de su madre mientras se recogía el pelo, aquel pelo rojo de irlandesa, que no había perdido su color con los años en Liverpool. Esa imagen, un poco borrosa en su mente, le atenazaba el estómago.

En principio iba a estudiar psicología. Ni él mismo sabía muy bien la razón. Aquel profesor en el último año de la secundaria era posiblemente el causante. Les había hablado de tantas cosas fascinantes, de tantos mundos inexplorados que estaban en lo más hondo de nosotros mismos...que todo aquello hacía de la psicología un proyecto

maravilloso. Su padre no lo había entendido muy bien. Prefería Medicina, Arquitectura o Derecho. Entre las tres, Derecho parecía más atrayente y ya había sentido ciertas inclinaciones hacia ello. Le parecía desde su ingenuidad casi adolescente, que faltaba mucho derecho en el mundo, que los hombres no respetaban las leyes o, aún peor, que no hacían leyes muy justas. Cuando comenzó la guerra, un vecino le dijo que tenía en ello un buen ejemplo de lo que era no respetar el derecho, pero no le entendió muy bien, y a veces dudaba y no sabía a que se refería exactamente. También los ingleses los ingleses según decían los periódicos invocaban el derecho. Quizás hubiera sido mejor dedicarse a la psicología...

El sargento les dijo que iban a hacer lo mismo que su padre había hecho con los alemanes. Chris sabía bien poco de los alemanes, a excepción del nombre de algunos equipos de fútbol, pero al parecer aquello debía haber sido bastante gordo a juzgar por el tono que empleaba el sargento. Por su maldita indecisión no se había atrevido a preguntar a algún compañero que era lo que había ocurrido con los alemanes, aunque quizás el haberlo sabido le hubiera ayudado a comprender mucho mejor lo que hacían allí. Otras veces, cuando se encontraba algo desanimado y la brisa del atardecer en el mar le traía recuerdos de su madre y de Sally, se decía a si mismo que no le importaba nada lo que hubiera ocurrido con los alemanes y menos aún lo que hiciera el padre del sargento Grant.

Antes de aquellos terribles días nunca había jugado con esas maquinillas e incluso le parecían estúpidas, una forma de sacar dinero a la gente. Pero allí no le quedaba más remedio que jugar con los compañeros y la verdad es que había reído con ganas intentando que la pequeña bolita niquelada no se le colara entre los dos manguitos, que se defendían frenéticamente ante los impulsos de los dedos de César. Cuando volviera a Buenos Aires tendría que salir alguna vez con sus sobrinos a jugar a las máquinas y a reír con ellos. Sería una risa franca, libre y abierta no como la de aquellos días en los que hasta la risa parecía artificial, atenazada por una extraña sensación que lo llenaba todo. No. No era miedo. O quizás sí. Más bien era una insoportable mezcla de nostalgia, vergüenza y quizás algo de rabia, rabia contra todo y contra todos, aunque aparentemente se canalizara contra los ingleses. Y, quizás, también miedo...

Muchas veces intentó revivir en sus labios la sensación de besar a Sally, pero le resultaba imposible. La verdad es que sólo la había besado en tres o cuatro ocasiones, aunque ante los amigos del barrio se inventara otras aventuras.

En las largas y aburridas horas de guardia se empeñaba en reconocer aquella sensación. Humedecía sus labios con la lengua, pero tan solo provocaba un sabor pastoso y salado. Algo fallaba en su organismo- llegó a pensar- y no sabía si a la vuelta sería capaz de volver a besarla "dignamente". Sally...

La vida no había sido fácil para la familia Izábal . El camión había consumido dos terceras partes de la vida de su padre. Se ganó kilómetro a kilómetro, hora al volante tras hora al volante- el pequeño piso que disfrutaban desde hacía ya muchos años. Siempre habían vivido así, amontonados, pero para ellos era todo un símbolo, un suelo propio, un espacio familiar, al que no llegaban las disputas del sindicato. Su padre había sufrido también con aquello. César nunca lo entendió muy bien, pero a veces oía

a sus padres hablar del tema. Había que dar parte de la carne que se transportaba, si no se quería perder el empleo, o algo así... Siempre se hablaban de esos temas en voz baja. Quizás para que no se preocuparan los chicos. Quizás para que no oyeran los vecinos, porque los tabiques eran de papel. Desde hacía algún tiempo no se hablaba jamás de esos temas. Se habían llevado a un joven de la cuadra de al lado..y era mejor callar.

Sally...Sally no había llorado. Dijo que lo sentía, que era horrible... pero que no había llorado como su madre. A Chris aquello le había dejado un mal recuerdo. Había visto en las películas cómo las novias se despedían llorando de sus héroes que iban a la guerra, pero Sally no había llorado. Es verdad que quizás no fueran novios formales, pero... Chris sabía que habían compartido mucho. Era de una familia más pudiente, y según ella dijo un día, a su padre no le hacía mucha gracia que saliera con un irlandés. Chris no era un irlandés. Había nacido en Liverpool y tan sólo tenía de Irlanda una idea legendaria, de viejas conversaciones y lejanos parientes en Kinsale que jamás había conocido. Una prueba de que no era irlandés era que el Gobierno de su Majestad le había mandado llamar para defender unas islas de no sé donde. Pero Selly no había llorado.

César siempre estudiaba en la cocina. Incluso cuando su madre deambulaba con la sartén humeante en la mano, oliendo a refritos. Sus libros y sus cuadernos siempre habían oído a aceite requemado. Era un chico listo. Su padre siempre lo decía: entre tanto otario, me ha salido un intelectual, un ilustrado.

Y es que César era capaz de estudiar allí, en esa cocina tan estrecha, en medio del humo, y con la radio a todo volumen oyendo los partidos del Boca. Como echaba de menos todo aquello. Ya llevaba allí dos semanas y nunca había estado tanto tiempo fuera de casa. Pero lo que más le molestaba era que no sabía ni porqué ni para qué estaba allí. Sí, añoraba aquél olor a refrito de la cocina de su madre.

Chris no era muy delicado para comer. Tampoco la dieta de la compañía variaba mucho de la de la casa: salchichas, mas huevos...más salchichas, más huevos.El sargento le había dicho un día en tono de broma, y casi como haciéndole un favor por dirigirse directamente a él. ¡Cómo se nota que eres un buen Paddy! Pero a Chris la broma no le gustó. Así era como le llamaban a los irlandeses en Liverpool y él no era irlandés. La prueba es que estaba allí, para defender aquellas islas que, como la televisión repetía constantemente, habían sido atacadas contra el derecho internacional o algo así., No, él no era un buen Paddy. No era un Paddy. O quizás no sabía muy bien lo que era.

Cuando aprobó los exámenes de ingreso, su padre lloró. Si, había llorado. Nunca le había visto antes llorar. Aquel hombre duro, de brazos firmes, acostumbrados a sujetar un volante de 4.000 kilos, aquel hombre había llorado. Mamá también se emocionó, pero se fue a la cocina con sus aceites y sus frituras. El pequeño César iba a ir a la Universidad.

Todos los hermanos, las cuñadas, los niñitos de Juan, el mayor, los vecinos... todos le habían dicho: vos serás grande...

Sin embargo, su padre, aquella misma noche lo llevó a pasear. Se habían acabado las lágrimas, y volvía a su rudeza de siempre. Lo miró a los ojos, se le acentuaron las arrugas, como quién en un momento condensa todo el sufrimiento de una vida y le dijo, vos no me la fregués, si llegas a ser abogado, siempre con el de abajo... ¡con el de abajo!

Quizás el viejo O'Neill le diera el trabajo. Es cierto que hace algún tiempo le habían hecho varias gamberradas, pero lo más probable era que ya no se acordara. Si le daba el trabajo en el taller, quizás su madre dejara de quejarse. Últimamente se quejaba por todo. La pensión y lo que ella ganaba haciendo la limpieza de aquel pub no daban para mucho, es verdad, pero comían, tenían una televisión, y Chris podía disponer de algún dinero para el fin de semana. Quizás se ella bebiera menos habría mas dinero en casa, pero Chris nunca se había atrevido a decírselo. Además, ahora todo iba a cambiar. Si el viejo O'Neill le daba el trabajo, podría dar algo a la vieja y podría divertirse más con Sally. Podrían ir al cine, ir de compras al centro de la ciudad y salir algo del barrio, de aquel barrio sucio y monótono, Y entonces le venía a la memoria que Sally no había llorado. Pero de nuevo llamaban para alguna operación. La voz ronca y desagradable del sargento le devolvía a la realidad. ¿Cómo estaría la vieja soportando la soledad?

César siempre había querido ser como Maradona, pero poco a poco la vida le fue demostrando que los sueños no se cumplen. Entonces se había refugiado aún con más fuerza en los libros. Le transportaban a otros mundos, a otras épocas, a otros lugares. Soñaba con aquellos romanos togados, que dejaban el arado para ir al Senado y hablar de la Patria. Soñaba con viejas virtudes, con viejos amores, con algo más que una estrecha cocina y un camión. Se había vuelto más serio, incluso algo estirado, según decían los amigos que de pequeños habían jugado con él al fútbol en alguno de los basureros del barrio. Le molestaba un poco el que su familia hubiera puesto tantas esperanzas en él. Todos creían que sería un abogado, que viviría en Buenos Aires, sí, en el de verdad no en aquellas barriadas lejanísimas y malolientes, y que sacaría a todos de la pobreza y eso que ellos no se podían quejar, tenían su propio piso.

A Chris le llamaba la atención aquel cura. Al principio no supo que lo era, a pesar de que le veía casi diariamente deambulando por la compañía.

Luego, cuando se lo dijeron, se fijo en la pequeña cruz que llevaba en la solapa, y que al parecer era el distintivo de los curas en aquél infierno. Chris recordó a un cura que mucho tiempo atrás solía visitar a la familia (pero no recordaba si era católico o protestante, la maldita pregunta que lo había hecho sonrojar).

Tras la muerte de su padre casi no lo había vuelto a ver. Su madre iba a la Iglesia los domingos, pero ni en casa, ni con Sally se hablaba mucho de ello. El domingo asistió a los oficios: Era algo un poco extraño, y no entendió mucho, pero una frase se le quedó grabada en la mente: "hasta los chacales presentan la ubres y dan de mamar a sus cachorros". Nunca había pensado que los chacales tuvieran ubres. En realidad nunca había visto un chacal.

César estaba confuso. Siempre había preguntado el porque de las cosas, y cuando sus padres no supieron decírselo, empezó a preguntárselo a los libros. Al principio parecía claro para que estaban allí. Era una cosa tan evidente que el mundo entero lo

comprendería. Aquellos piratas que llevaban siglos robando y apropiándose de lo ajeno, debían ser expulsados de los minúsculos islotes que, por muy pequeños que fueran, formaban parte del suelo patrio. Luego, a medida que las naves se iban alejando de las costas argentinas, a medida que iban pasando los kilómetros (que según los mandos, en el mar se llamaban yardas) las horas interminables de aburrimiento, los días sin carta desde casa... las cosas no parecían tan claras. ¿Sería un cobarde, un maula, como diría su padre en el lunfardo de su juventud? Por supuesto que nunca se hubiera atrevido a plantear estas dudas en público. Estaba muy mal visto el decir cualquier cosa, que pudiera convertirse en un indicio remoto de duda o cobardía. Sin embargo, César se daba cada vez más cuenta de que no era el único que dudaba...y, además, dudar no era ningún delito.

Un día se armó de valor y se dirigió al cura de la compañía. No sabía muy bien como hacerlo y le daba una vergüenza terrible parecer atolondrado. Sin embargo, todo resultó mucho más fácil de lo que pensaba y pronto entablaron una amena conversación. Hablaron de los chacales, que por lo visto estaban en unas lamentaciones de la Biblia o en algo así. Era un símbolo de que Dios prometía tiempos mejores, en medio de los días malos, aunque en esto el cura se liaba un poco. Dios. Hacía muchos años que no pensaba en esa palabra. ¿Cómo sería Dios? ¿Estaría de su parte o de la de los argentinos?

Cuando volviera a casa tendría que pedir a su madre que le dejase ojear la vieja Biblia que ella conservaba desde su niñez, aquella Biblia con una funda negra sobre la que estaba marcada un dorado una cruz céltica, como su padre le había explicado un día. Sí, debería echarle un vistazo, al menos para saber que pensaba Dios de estas cosas.

La última carta que recibió César le llenó de alegría. Su cuñada estaba de nuevo embarazada, y toda la familia estaba tan orgullosa de César que, si era niño, le pondrían su nombre. Un nuevo sobrino, y con su nombre. En cuanto esto termine habrá que celebrarlo. Un pensamiento nubló un poco su alegría. Era como si algo se le estuviese escapando. Como cuando uno quiere agarrar el agua con la mano. Quizás el estar lejos le ayude a valorar más las cosas que se tienen cada día. Nunca había tenido mucho trato con su cuñada. Ahora ella le dedicaba este pequeño homenaje. Habría que disfrutar más de la vida... al volver.

Estaba decidido. Iba a trabajar en el taller de O'Neill. Su madre iba a sentirse muy contenta de ello. Trabajaría, ayudaría un poco en casa y, si las cosas seguían bien, le pediría a Sally que fuera su novia formal...aunque ella no había llorado cuando se despidieron.

Cuántas cosas tendría que contar a su padre al volver a casa. Cuántas pequeñas aventuras. El mar. César nunca había navegado y mucho menos a un sitio tan lejano, porque aquellas islas estaban lejos, sí. Estaban lejos de Argentina, mucho más lejos de Inglaterra, lejos de todas partes. Lejos. Cómo había cambiado el significado de esta palabra para el pequeño César. Antes estaba lejos el colegio y mucho más lejos la Universidad, a la que tendría que ir casi diariamente a partir de ahora. Ahora. ¿Cuándo era ahora? ¿Cuánto duraría esto? Estaba empezando a preocuparle se obsesión por comprender el significado de los adverbios.

El video era un gran invento. En casa fue una fiesta cuando lo compraron. Su madre casi no podía creer que se pudiera ver una y otra vez el mismo programa y la misma película. En la compañía era el mejor amigo. Casi llegaban diariamente las películas desde Inglaterra, aunque Chris no sabía muy bien cómo conseguían esto, últimamente lo veían menos. Había menos tiempo. Chris sentía miedo. El ruido de la artillería era horroroso. Ninguna película lo había reflejado bien. El ruido interior del miedo era aún peor, como una continuo roce en la boca del estómago.

El mar le había decepcionado. Desde Buenos Aires el mar era el final de todo, el conocimiento del otro mundo, el contacto con la eternidad hacia la cual se dirigía todo arrastrado por la corriente mansa pero implacable. Tras varios días de navegación el mar le había decepcionado. Se había convertido en algo monótono y absurdo que devora los días, aquellos días maravillosos de primavera que César estaba desperdiciando. ¿De quién era el mar? No estaba seguro... ¿se lo explicarían en las clases de la Universidad?

El sol se ponía lentamente en aquellos mares. Chris no se atrevía nunca a reconocer que no sabía muy bien donde estaba.

Aquella puesta de sol era la misma que se divisaba desde Liverpool. Era evidente. No podía haber dos soles distintos. Aunque quizás alguno de los propagandistas de la guerra se atrevería a sugerirlo. No le entraba en la cabeza que mismo fenómeno pudiera ser divisado desde puntos tan lejanos, pero no debía preguntar nada si no quería que le volvieran a confundir con un paddy.

Ya les habían avisado de las nuevas medidas y normas. No se recibirían cartas en unos cuantos días, porque “era cuestión de días”. Habría que dormir vestido, con todo el uniforme. Se recortaban los tiempos libres y se multiplicaban las guardias. Casi no había tiempo para dormir, aunque el ruido de los aviones, las bombas, los misiles... (¡ o cualquiera sabe qué!) tampoco permitían conciliar el sueño. Su sobrino se iba a llamar César.

Ya casi no le importaban aquellas islas. Quizás nunca le hubieran importado mucho, la verdad, y como no sabía lo que era el “derecho internacional”, pues la cuestión resultaba aún más intrascendente. Y además, últimamente, se sentía agresivo. Pensaba que el viejo O’Neill, mientras él estaba allí, daría su puesto de trabajo a cualquier otro y jeso no podía ser!

Las preguntas tontas y absurdas volvían cada vez con más frecuencia a su mente. Ya no eran sólo los adverbios. A veces se preguntaba si quería más al suelo patrio que a su sobrino César y luego se daba cuenta de que ni siquiera había nacido, y quizás fuese una niña... ¿Se estaría volviendo loco?

Nunca había pensado verdaderamente en la muerte. La muerte para él, era la muerte de su padre, cuando era niño. De aquello casi no guardaba ningún recuerdo claro, pero era como algo omnipresente en su vida. Esto era más real. Hasta entonces nunca habían hablado de ello en la compañía, como si se tratara de una palabra mágica, una

especie de conjuro maligno que había que evitar. De pronto todo cambió y de un día para el otro la muerte se había convertido en un tema más que habitual.

Definitivamente se estaba volviendo loco. Mientras colocaba una flamante bandera, con aquel sol dorado y luminoso sobre franjas celestes, en unos ataúdes que partirían inmediatamente hacia casa, pensó en la carne que transportaba su padre desde el sur a Buenos Aires.

No eran todos tan valientes como había como había pensado. Muchos gritaban y temblaban ante el ruido de las bombas. Incluso alguien vomitó. Aquella refriega iba a acabar mal. Los tenían cercados, pero aún podían hacer mucho daño. ¿Habría dado O'Neill su trabajo en el viejo taller a algún otro? Acordándose de su madre le venía a la mente la canción de Dire Straits que había bailado tantas veces agarrado a Sally... "It's so far away from me..."

Su sobrino se iba a llamar como él. Cuando tuviera edad jugaría con él al fútbol en aquel basurero del barrio.

No le importaba un bledo los alemanes ni lo que hubiese hecho con ellos el padre del Sargento Grant

Tendría que jugar más a las máquinas tragaperras con sus sobrinos al volver a Buenos Aires.

Quizás la vieja dejara de beber. La echaba de menos. Desesperadamente.

Quizás ser abogado no fuera tan importante.

Los argentinos no deben saber lo que es un paddy.

Su padre había llorado aquella tarde.

¿Habría chacaes en las Falkland, de esos de los que hablaba la Biblia?

¿Quién estudiaría en la Universidad?

¿Lloraría Sally?